

Cuentos

El día
que me rompí
Jimena Martínez
Vázquez



Una chiquilla
en campaña
Sergio Aguilar
Méndez



El abuelo Kukux
Víctor Manuel
Banda Monroy





CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejera presidenta: Beatriz Claudia Zavala Pérez
Consejeros electorales: Gustavo Anzaldo Hernández
Fernando José Díaz Naranjo
Ángel Rafael Díaz Ortiz
Carla A. Humphrey Jordan
Yolanda C. León Manríquez
Néstor Vargas Solano

Secretario ejecutivo: Sergio J. González Muñoz

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL	Propietario:	Juan Dueñas Morales
	Suplente:	Elsy Lilian Romero Contreras
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL	Propietario:	Marco Antonio Michel Díaz
	Suplente:	Gustavo González Ortega
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	Propietario:	Miguel Ángel Vásquez Reyes
	Suplente:	José Antonio Alemán García
PARTIDO DEL TRABAJO	Propietario:	Ernesto Villarreal Cantú
	Suplente:	Óscar Francisco Coronado Pastrana
PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO	Propietaria:	Zuly Feria Valencia
	Suplente:	Mario Javier Barragán Lima
CONVERGENCIA	Propietario:	Óscar Octavio Moguel Ballado
	Suplente:	Hugo Mauricio Calderón Arriaga
NUEVA ALIANZA	Propietario:	Adolfo Román Montero
	Suplente:	Sara Pérez Rojas

DIPUTADOS INTEGRANTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS CON REPRESENTACIÓN EN LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DEL DISTRITO FEDERAL

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL	Propietaria:	Mauricio Tabe Echartea
	Suplente:	Fernando Rodríguez Doval
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL	Propietario:	Emiliano Aguilar Esquivel
	Suplente:	Alicia Virginia Téllez Sánchez
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	Propietario:	Armando Jiménez Hernández
	Suplente:	Víctor Hugo Romo Guerra
PARTIDO DEL TRABAJO	Propietario:	José Alberto Benavides Castañeda
	Suplente:	Juan Pablo Pérez Mejía
PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO	Propietario:	Raúl Antonio Nava Vega
	Suplente:	Norberto Ascencio Solís Cruz

9



9º CONCURSO
DE TESIS, ENSAYO Y CUENTO
2 0 0 9

INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO

PRESIDENTA

Consejera electoral YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ

INTEGRANTES

Consejero electoral ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ

Consejero electoral NÉSTOR VARGAS SOLANO

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

LAURA REBECA MARTÍNEZ MOYA, directora ejecutiva

Coordinación editorial: María Ortega Robles, subdirectora de Producción de Materiales

Diseño y formación: Susana Cabrera Corona, jefa del Departamento de Diseño y Producción

Corrección de estilo: Nilda Iburguren Bernat, analista correctora de estilo

Ilustrador: Alejandro Magallanes

Autores: Jimena Martínez Vázquez, Sergio Aguilar Méndez y Víctor Manuel Banda Monroy

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

1ra. edición, diciembre de 2009

ISBN: 978-607-7582-20-5

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

Cuentos

El día
que me rompí
Jimena Martínez
Vázquez



Una chiquilla
en campaña
Sergio Aguilar
Méndez



El abuelo Kukux
Víctor Manuel
Banda Monroy



El día que
me rompí.....9

Una
chiquilla
en campaña.....33

El
abuelo
Kukux.....63

El
día
que
me
rompí

Jimena Martínez Vázquez



No sé bien cómo fue, pero ayer que caí de mi bicicleta se escuchó un agudo estruendo y me rompí en mil pedazos. Pero no creas que se regaron cachitos de pierna, que mi ojo voló hasta media calle o que me fracturé el brazo. No, mi rotura fue distinta. Levanté la cabeza asustado y vi cómo se alejaban muchos niños como yo... ¡iguales a mí! ¿Puedes creerlo? Uno llevaba mi uniforme de futbol, otro el traje formal que mi mamá me obliga a usar en las bodas, uno más mis bermudas azules y hasta vi clarito a uno que vestía el disfraz de superhéroe que tanto me gustaba cuando tenía siete años. Se alejaron en la misma dirección charlando unos con otros.



Una sensación tibia en la rodilla distrajo mi atención y doblé mi pantalón para encontrar una herida de tamaño considerable, seguramente ocasionada por la caída. Lo curioso es que no me dolía. Doblé la pierna y observé con asco y curiosidad aquella mancha roja y blanca. Acerqué mi dedo índice lleno de tierra para tocar la herida pero una voz que me sonó conocida me detuvo.

—Se te va a infectar. No la toques, yo puedo curarte.

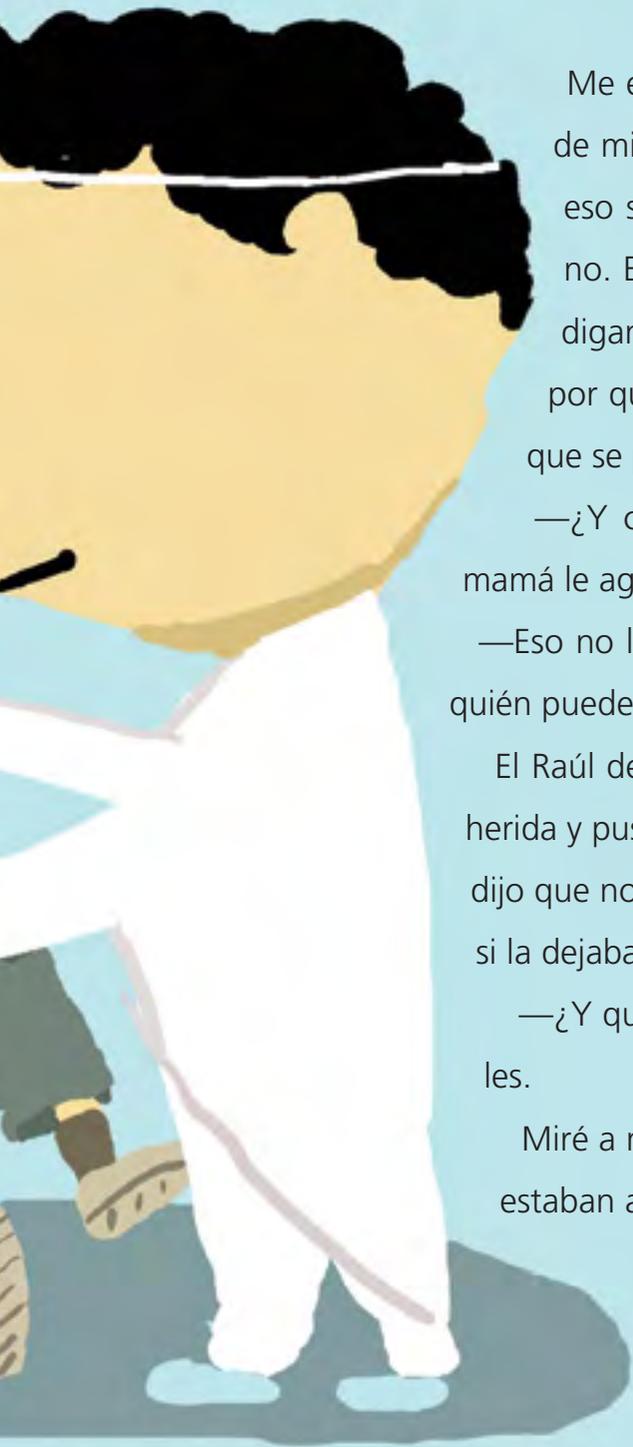
Ahí estaba un yo, parado junto a mí, con una bata blanca y una mochila del mismo color. Llevaba el pelo peinado para atrás y se veía muy limpio. Mientras sacaba todo lo necesario para curarme, le pregunté quién era.

—Soy tú. Bueno, una parte de ti. Verás, esto no suele suceder, pero tú te caíste de tal manera que todos nosotros nos liberamos. Ya habíamos platicado sobre esto, Raúl, te dije que no fueras tan rápido en la bicicleta...

—¿Tú y yo hemos platicado?

—Bueno, yo soy tú. Cuando piensas que es peligroso andar tan rápido es como si hablaras conmigo.





Me explicó que ahora había muchos Raúlés, unos eran partes de mi carácter y otros representaban recuerdos. Le pregunté si eso significaba que ahora yo estaba incompleto. Me dijo que no. Estaba entero pero al mismo tiempo ellos estaban afuera, digamos que habían adquirido cierta autonomía. Le pregunté por qué no me dolía la rodilla. Me dijo que el dolor es lo único que se pierde cuando a una persona le pasa algo como aquello.

—¿Y cómo hago para que regresen a mí? No creo que a mi mamá le agrade que seamos tantos.

—Eso no lo sé, ¿qué te parece si seguimos a los otros? Creo saber quién puede resolver esto.

El Raúl de bata blanca me ayudó a levantarme. Había limpiado mi herida y puso una gasa sujeta con cinta adhesiva para protegerla. Me dijo que no llevara la bicicleta y yo le respondí que podían robármela si la dejaba ahí.

—¿Y quién te la va a robar? Aquí sólo estamos nosotros los Raúlés.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que era cierto. Las tiendas estaban abiertas pero no había quien las atendiera.

Alcanzamos a ver cómo los últimos Raúlés entraban en la escuela. Y ese era precisamente el lugar a donde me dirigía antes de perder el control de mi bicicleta.



Iba a llegar tarde en un día significativo. Aquel momento era especial porque perderíamos clases y jugaríamos a votar para elegir al consejo estudiantil. La directora lo llamaba ejercicio democrático, decía que era importante que empezáramos a tomar parte en estos procesos desde la primaria. Yo no estaba muy seguro de que su ejercicio funcionara correctamente. Todos votábamos y elegíamos al consejo, luego se nos olvidaba que para lograr una mejor convivencia ambas partes deben estar unidas y terminábamos ignorándonos unos a otros. Yo creo que el trabajo de los miembros del consejo no fina-

liza en la campaña ni el de los demás en el voto. Mi maestra me escogió para estar en la casilla, repartir las boletas y luego contarlas, por eso tenía que llegar un poco más temprano.

Sin embargo, ya que sólo había Raúlés, caminé tres cuadras hasta llegar a la escuela sin preocuparme demasiado por la hora. Era extraño ver los automóviles sin conductor en medio de la calle, las paradas de camión desiertas en cada esquina, y los pocos restaurantes que ya estaban abiertos plagados de tazas de café y sillas vacías. Todo estaba





tranquilo y silencioso antes de llegar al edificio de la escuela.

¿Has entrado a un lugar con muchos espejos? Fue algo parecido lo que vi al cruzar la puerta, la única diferencia es que ninguno de los Raúlés era exactamente igual a mí, como pasa en los espejos. Todos jugaban y platicaban, pero al verme llegar se calmaron un poco y me miraron con idénticas sonrisas. El Raúl de bata blanca me guió hasta donde estaban otros dos de nuestros compañeros: uno llevaba lentes, una camisa a cuadros que mi mamá me compró hace unas semanas y un pantalón beige; el otro era el Raúl con el uniforme de fútbol. Los saludé, pero sólo el futbolista me devolvió el gesto.

—Tenemos que hablar contigo. Entra.

Me abrieron la puerta de la Dirección y yo pasé primero. Miré al Raúl de bata blanca que me sonreía desde afuera. No lo volví a ver en todo el día y lamenté no haberle dado las gracias por lo de mi rodilla.

—Queremos hacer un trato contigo –dijo el Raúl de la camisa a cuadros–, ya que nos hemos desprendido, creemos que un cambio nos sentaría bien.

—Lo que Raúl quiere decir –intervino el futbolista– es que queremos estar en tu lugar. Durante once años te hemos seguido y nos gustaría tomar el poder permanentemente, no salir sólo cuando juegas un partido de fútbol.





—O cuando estudias para un examen.

Comencé a inquietarme. Me repitieron que ellos eran yo y que no se trataba de que yo quedara recluso. El Raúl estudioso creía que el deporte estorbaba, que en realidad no era muy serio todo eso del fútbol y que, si mi sueño era ser médico, lo mejor era estudiar de una vez las funciones del cuerpo. El Raúl futbolista me dijo que el estudio nunca sería tan liberador como patear una pelota, que debíamos aceptar que deseaba más una carrera de deportista que aquel cuento del médico, y que debíamos tomarnos más en serio la preparación física. Yo estaba un poco confundido, no me convencían sus argumentos. Me explicaron que ahora estábamos en



igualdad de circunstancias y que sólo había una manera de decidir quién se quedaba al mando. Les pregunté cuál era.

—Elecciones —respondieron al mismo tiempo.

Dijeron que todos los Raúlés que esperaban afuera de la Dirección debían votar para decidir si cambiábamos a una vida más deportista o a una más estudiosa. Les dije que todo aquello me parecía muy bien, sin embargo, debíamos darle una tercera opción a los votantes: yo. Y me refiero a mí como al Raúl de uniforme escolar que cayó de la bicicleta.

No soy la clase de persona que está dispuesta a tomar el poder y que promete cosas para conseguirlo, pero me pareció que no debíamos ser



tan radicales y yo quería ofrecer a los votantes un equilibrio. Los Raúles me aceptaron como contrincante, reconociendo que hasta entonces había dirigido muy bien.

Cuando salimos de la Dirección, el resto de los Raúles guardó silencio y escuchó con atención al Raúl estudioso, quien les explicó que todos debíamos votar para elegir al que se haría cargo de nuestro destino y nuestros sueños. Dijo que en una hora nos reuniríamos en el auditorio para que los tres candidatos expusiéramos nuestras propuestas. Asignó una comisión que se encargaría de recibir los votos y contarlos. Después





de la conferencia en el auditorio tenían una hora más para decidir y votar. Yo, el Raúl de uniforme escolar, nunca he sido un buen orador, así que ya te imaginarás el miedo que sentí al escuchar aquello de la conferencia.

Me entretuve caminando entre mis compañeros –no encuentro otra manera de llamarlos– y reconociendo a algunos que prácticamente tenía olvidados. Me llamó la atención el Raúl que tenía un brazo enyesado y me acerqué a saludarlo.



—¿Te duele? –le pregunté.

—No, el Raúl que recibe el dolor está en el baño. El pobre no soporta el brazo, la rodilla y el estómago.

—¿Por quién vas a votar?

—No lo sé. Esperaré a la conferencia para decidir entre el de camisa a cuadros y tú. No creo que nos convenga una vida llena de cosas como ésta –dijo, señalando su brazo.

Me alejé de él, recordando la decepción que sentí cuando me perdí toda una temporada por la fractura. Pensé en no volver nunca más al deporte, pero mi papá me dijo que en todo encontraría ese tipo de dificultades, así que debía ser valiente y tomar el balón en cuanto pudiera mover el brazo otra vez. Decidí que mencionaría esa plática con papá en la conferencia.

En el baño encontré a un Raúl delgado y ojeroso acurrucado en un rincón. Tenía una expresión de dolor en el rostro pero ninguna herida en el cuerpo.

—Perdona lo de la bicicleta.

—No te preocupes, es mi trabajo –respondió con voz temblorosa.

—¿Por quién votarás?

—Si voto por el de la camisa a cuadros me dolerá



la cabeza de tanto leer en la noche; con el futbolista, las fracturas y los golpes. No votaré.

—Alguien tiene que ganar, yo recomiendo que des tu opinión. Además, ninguno de los tres podemos evitarte el dolor.

—Entonces votaré por ti. La cabeza deja de doler con el futbol y un buen libro hace olvidar las fracturas.

Me inquietó pensar que la conversación había presionado al Raúl para que votara por mí. Desde que empezaron los preparativos para las elecciones de mi escuela, la directora nos repitió día con día que el voto era libre y secreto y que no teníamos por qué andar preguntando a los otros por su decisión. No le pregunté a ningún otro Raúl sobre su voto después de recordar ese detalle.

Antes de la conferencia estuve buscando al Raúl de bata blanca, pero no lo encontré. Llegué al auditorio y me senté en una de las tres sillas puestas en el escenario. Las butacas se fueron llenando y puede ver que un Raúl en pijama ayudaba a sentarse al de los dolores. Algunos no al-



canzaron lugar y ocuparon ordenadamente las escaleras. El primero en hablar fue el futbolista.

Con energía desbordada, nos recitó sus sueños de ser la gran estrella del balompié y todos lo corearon con aplausos. El Raúl deportista era muy simpático, y hasta yo llegué a pensar que no era tan mala idea dejar que él mandara. Estaba lleno de entusiasmo y lo transmitía perfectamente, lo malo es que sabía a dónde quería llegar pero no tenía idea de cómo lo haría. Dejó a todos los Raúlés emocionados y convencidos de que lograríamos vivir del futbol; pero no tardó en ponerse de pie el compañero de camisa a cuadros y darnos un baño de realidad.

Él habló de planes y nos hizo notar que el otro no los tenía. Hace unos meses mi maestra nos dejó de tarea escribir un ensayo explicando qué carrera deseábamos estudiar y por qué. El Raúl de camisa a cuadros lo recitó casi textualmente, aumentando algunas cosas que yo solía pensar cuando alguien me decía que no podía dedicarme sólo al deporte. Todos parecían convencidos de sus planes. Quizá los más pequeños aún soñaban con ser campeones del mundo pateando balones, pero estoy seguro de que la mayoría cambió de opinión. A mí





me sonaba demasiado realista, ese Raúl era el que no soñaba. Cuando mi compañero se sentó, coreado por unos aplausos parecidos a los del futbolista, mi turno llegó.

—Hola. Déjenme decirles que yo en este momento estaría tan confundido que no sabría por cuál de los dos votar, así que me iría por la salida fácil y dejaría que los demás decidieran por mí. En las elecciones del consejo estudiantil pensaba hacer eso, pero creo que cuando regrese, si aún tengo oportunidad, tomaré mi boleta y pondré el nombre de aquel que nos parezca mejor. Y digo “nos” parezca porque seremos todos nosotros los que decidan ese voto. Pero bueno, estamos aquí para otras elecciones.

Hasta hoy yo les he dado oportunidad a estos dos Raúlés de manifestarse, a veces quiero ser futbolista, otras me pongo a hacer planes... pero estas no son nuestras únicas opciones. Una vez pensé que quería ser pintor, así que en alguna de esas butacas debe de haber un Raúl con un pincel en la mano. Todos estamos juntos en esto, quiero saber qué opina cada uno y decidir lo mejor para todos, al menos para la mayoría. Algunos de ustedes recordarán lo que papá nos dijo una vez: en todo vamos a encontrar dificultades, así que más vale dejar la idea de que hay un candidato correcto. Si me eligen, no les garantizo un futuro establecido,

pero les prometo que seremos felices y decidiremos entre todos lo que es mejor. Porque es cierto que yo estaré al mando, pero serán ustedes quienes me dirijan. Mi maestra dijo que así funciona la democracia, ¿lo recuerdan? Todos eligen al gobernante y lo guían hacia el bien común. Disculpen que lo diga de este modo, pero me parece que con el Raúl futbolista o con el estudioso, eso más bien sería una dictadura. Gracias. Me senté sin recibir aplausos y pensé que nadie votaría por mí.



Te confesaré que me arrepentí de haber dado ese discurso cuando noté que nadie me aplaudía, pero me pareció extraño que los otros Raúl les pidieran el poder para hacer lo que ellos querían. Yo entendía que todos buscábamos una sola meta, éramos el mismo y creí que la solución sería ofrecerles votar por mí para estar en el poder y hacer lo que todos acordáramos. Antes de las votaciones no estuve muy seguro de haber transmitido correctamente el mensaje.

Pusieron dos casillas para votar. Yo vigilé una y supongo que el Raúl de bata blanca votó en la otra porque nunca lo vi pasar. El compañero de siete años vestido con el traje de superhéroe se acercó a mí después de dar su voto y me dijo que al principio pensó en escoger al futbolista, pero que



también quería ser abogado, así que me había dado su voto esperando que algún día escuchara su propuesta sobre ese asunto.

Yo fui de los últimos en pasar y debo admitir que puse “uniforme escolar” en la boleta, me creía absolutamente capaz de seguir en el mando y tratar de mantener vivos los deseos y los planes de todos los Raúlés. No supe si todos habían votado, esperaba ansioso el resultado, por dos cosas: conocer al ganador y saber de una buena vez cuántos éramos.

El Raúl con el traje formal de las bodas observó sus registros, sumó y dijo que tenía el resultado. Todos guardamos silencio. Dijo que los tres candidatos habíamos recibido votos, pero una mayoría de setenta por ciento me había elegido a mí, al Raúl de uniforme escolar. Esta vez sí aplaudieron, incluso pude ver que el compañero de los dolores sonreía. Mis contrincantes me felicitaron reconociendo que esa era la mejor decisión. Yo les dije que quizá no era la mejor, pero sí la de la mayoría.

Luego pasó algo muy extraño. Una especie de imán empezó a atraer uno por uno a los Raúlés hacia mí, que se reintegraron a mi cuerpo hasta que volvimos a ser uno. Pasó tan rápido que tampoco pude ver entonces al compañero de bata blanca. Cuando estuve solo en la escuela sentí un tirón en la cintura y otro imán me jaló hacia la calle. Recorrí las tres cuadras llevado por la fuerza extraña y pude ver que la gente bebía café, conducía sus automóviles y esperaba el camión como todos los días. Me

quedé tumbado boca arriba, con mi bicicleta a un lado y un fuerte dolor en la rodilla. Me senté, sacudí la tierra de mi suéter y recogí mi pantalón para ver la herida. Encontré la gasa que el Raúl de bata blanca me había puesto. Tomé mi bicicleta y caminé lo más rápido que pude hasta la escuela, donde ya estaban listas las casillas y las boletas. Mi maestra no se molestó demasiado y me dio las últimas instrucciones para registrar los votos.

Antes de empezar a repartir boletas estuve platicando con unos compañeros y se burlaron de que me tomara tan en serio lo del consejo estudiantil. Hubo algunos que me preguntaron por qué no me había inscrito en alguno de los equipos. Quizá habría sido bueno hacerlo, pero en la democracia todos decidimos y tiene el mismo valor ser candidato o sólo votar.







En la escuela había un ambiente festivo. Los equipos contendientes habían hecho carteles y pegado globos a lo largo de los pasillos. La directora se paseaba saludando a los candidatos, haciéndoles preguntas sobre sus propuestas que los pobres contestaban nerviosos; miraban para todos lados y soltaban un discurso sin sentido que no respondía a lo que se les preguntaba. Me di cuenta de que yo no era tan mal orador.

Cuando las votaciones empezaron, vi desfilar uno por uno a los alumnos, tomar la boleta y depositarla en la urna. Algunos se empujaban y reían, anotaban al candidato que era su amigo y se alejaban gritando su nombre como si se tratara de un equipo de fútbol. Tuve que conformarme con unos cuantos que se lo tomaban en serio y pasaban ordenadamente a dar su voto. Supuse que con ellos era suficiente por ahora, aún faltan varios años para que lleguemos a una votación para presidente o diputados y espero que para entonces ya sean muy pocos los que griten y se empujen.

Mientras contaba los votos de mis compañeros tuve la sensación de que, como a los Raúles, también a nosotros nos estaba uniendo un imán

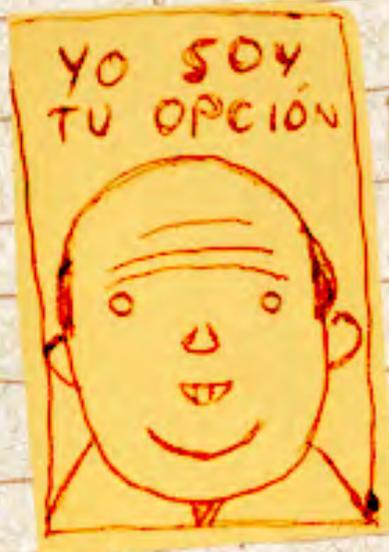
que esta vez llevaba el nombre de democracia. Y el ganador debe escucharnos como yo lo haré con mis compañeros, ambos tenemos la responsabilidad de hacer lo mejor para aquellos que votaron por nosotros y también para los que no lo hicieron. Después de todo, nos podemos romper en mil pedazos pero no dejamos de ser un equipo.

Ayer cambió mi modo de ver la democracia, quizá sería bueno que todos nos rompiéramos alguna vez para entenderlo como yo lo hice. Cuando venía para acá pensé que era mejor usar el casco al andar en bicicleta, y lo saqué del armario donde llevaba tiempo guardado. Te aseguro que ese fue un consejo del Raúl de bata blanca, espero volver a verlo algún día para agradecerle lo de mi rodilla. Tengo mucho trabajo por delante, no creo que sea fácil escuchar a todos mis compañeros y decidir qué es lo mejor para la mayoría. Lo único que sé es que no los voy a defraudar. Mi primera acción fue reforzar nuestra seguridad usando el casco, no puedo andar rompiéndome a cada rato. Te digo que no sé bien cómo fue.



Una
chiquilla en
campaña

Sergio Aguilar Méndez





Como era su costumbre de casi todas las tardes, la niña Alejandra se dirigió a comprar su material a la papelería para completar sus tareas de la escuela. Para su fortuna, la papelería estaba muy cerca de su casa, a la vuelta de la esquina; no tenía que cruzar ni una sola calle.

Sin embargo, a pesar de lo cotidiano y breve de su recorrido, ese día la niña se dio cuenta con sorpresa de algo que no había notado antes. Se fijó que en varias paredes, y en todos los postes que se encontraban en las banquetas, estaban pegados un buen número de carteles en los que aparecían las fotografías de distintos señores que parecían sonreír, o al menos hacían esfuerzos por intentarlo.

La pequeña volteó para todos lados y, hasta donde su vista alcanzó, comprobó que en la banqueta de enfrente y en otras esquinas sucedía lo mismo, es decir, por todos lados observaba los carteles sonrientes.



Al regresar a su casa, la niña Alejandra se fue como rayo a preguntarle a su mamá de qué se trataba todo aquello que había mirado; ¿era acaso un concurso para ver cuál adulto tenía la mejor sonrisa? La respuesta de su mamá fue tranquila y juguetona:

—¡Ay, hijita, y hasta ahora te das cuenta! Lleva ya una semana que empezaron a pegar los carteles por toda la ciudad. Oye, Ale, debes prestar más atención a lo que pasa en nuestra calle. Y no, no es un concurso de rostros. Son las campañas, hija, para elegir a los que nos representan a través de nuestro voto. De esto sí sabes, si no, ¿cómo es que eres jefa de tu grupo?

En ese momento, la niña comprendió todo, mejor dicho, casi todo. De un tiempo atrás, se había percatado de los anuncios que aparecían muy seguido en la televisión acerca de unas elecciones que se aproximaban



en todo el país. Y sobre el último comentario de su mamá, sabía perfectamente lo que había querido darle a entender, pues desde enero, ella, la niña Alejandra Victoria, con once años apenas cumplidos, era la jefa de su grupo en la primaria.

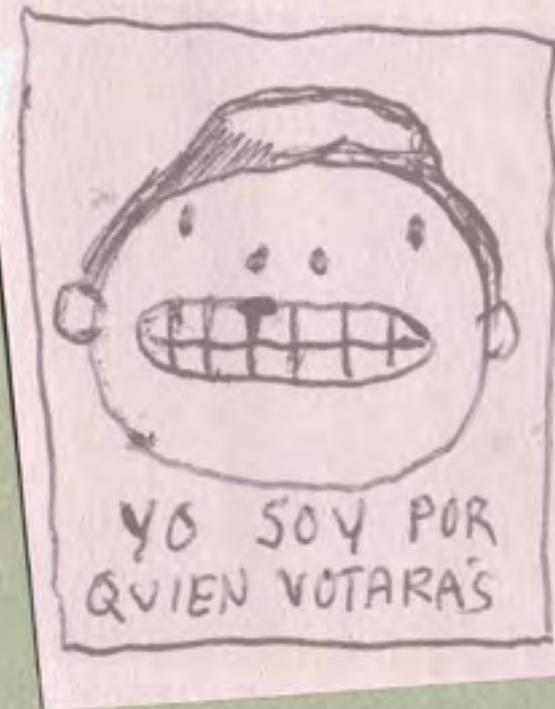
En aquella ocasión, la maestra Raquel les dijo a los niños que ya habían tenido algunos meses para conocerse bastante bien entre sí, y que era el momento de elegir a un jefe de grupo para todo el resto del año escolar. La maestra les sugería que propusieran distintos nombres de alumnos cumplidos, aplicados y amigables. Al final de todo el proceso, Alejandra resultó la elegida, era la nueva jefa de grupo, del grupo "5° C".



Pero, a pesar de este estupendo recuerdo, no todo quedó muy claro para Ale, ya que a la mañana siguiente, al ir rumbo a la escuela, acompañada de su mamá, puso mucha más atención en los interminables carteles que surgían por doquier. Poco a poco, y en cada paso, se fue dando cuenta de que eran hombres y sólo hombres, señores, los que aparecían en las fotos de los carteles.

Debido a las prisas por llegar a tiempo a la escuela, Alejandra albergaba la esperanza de que tal vez no hubiera visto bien o se le hubiera pasado la fotografía de alguna mujer, pues en este primer recuento veloz no había logrado hallar una sola mujer en un cartel.





Como en pocas ocasiones, ese día en la escuela se le hizo eterno a Alejandra; no veía el momento en que llegara la hora de la salida, para poder realizar un recorrido tranquilo y atento de la escuela hacia su casa, y así encontrar lo que deseaba en una pared o en un poste.

Cuando por fin terminaron las clases, la niña puso varios pretextos para que sus dos amigas, con las que siempre se acompañaba en el camino a casa, le siguieran el paso a un ritmo muy despacio. Alejandra no les prestaba casi ninguna atención a Mayra y a Sofía; en una sola ocasión les preguntó si por el rumbo de su casa habían logrado ver el cartel de alguna mujer. Las dos niñas contestaron que no, aunque en realidad ese "no" fue para dar a entender que no sabían siquiera de lo que estaba hablando Alejandra.

Por su parte, la niña Alejandra iba quedito, en voz baja, contando los carteles de los hombres. Pero no tardó mucho en que más bien parecía que la pequeña estuviera observando un álbum o una serie de estampas coleccionables, pues al ir caminando y viendo los carteles se decía a sí misma:

—Ya, ya, ya, ya, ya, repetido, ya, ya, repetido.

Al estar a una cuadra de la casa de Alejandra, se rompió por fin la cadena de repeticiones. Fue inevitable que la niña prácticamente gritara con emoción:

—Ya, ya, ya, ya, ¡no!, ¡ésta no!

Allí estaba, por fin tenía frente a ella, pegada en un muro, la fotografía de una mujer que, obviamente, también sonreía. Sin embargo, de inmediato le pareció a Alejandra que su sonrisa era más real y completa. Y



en efecto, la mujer de la fotografía mostraba una amplia sonrisa. Con igual velocidad, la niña leyó, repitió y se aprendió el nombre de la mujer que aparecía debajo de su fotografía. A los pocos minutos, ese nombre se le hizo a Alejandra un nombre agradable y cercano.

La pequeña, bastante inteligente de por sí, se dio bien cuenta de que toda la simpatía que le despertaba la mujer se explicaba en eso precisamente, en que se trataba de una mujer, pero de ninguna manera Alejandra se sintió mal o apenada por eso. A fin de cuentas, pensó Ale, tenerle simpatía a la mujer del cartel era lo menos que podía hacer, pues se trataba de la única foto de una mujer que había logrado encontrar, frente a ese grupo de señores montoneros que acaparaban todas las paredes. Al parecer, ya podía estar tranquila la niña.



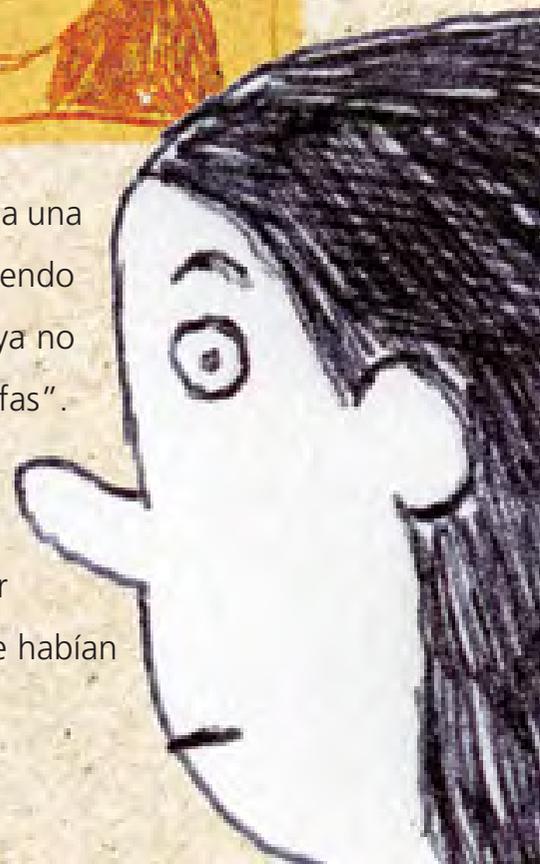


Sin embargo, durante la tarde, en su casa, Alejandra volvió a estar un poco inquieta, ya que no podía dejar de recordar cuando fue electa jefa de grupo. Aquel día, después de una lista inicial de ocho nombres, al final sólo quedaron cinco alumnos: tres niñas y dos niños. Y en el momento decisivo, Alejandra fue la que recibió más votos o manos levantadas de sus compañeros de grupo. Lo que no entendía la pequeña, era cómo es que en esa ocasión habían estado varias niñas, como ella, compitiendo hasta el último momento. Y ahora, que se trataba de algo muy importante para el país, según lo que escuchaba constantemente, resultaba que la gran mayoría de los carteles mostraban casi nada más a hombres.



La niña no hallaba explicación para tal situación, se preguntaba una y otra vez qué cosa tan horrorosa o fea debería de estar sucediendo entre la primaria y la edad de los adultos para que las mujeres ya no estuvieran compitiendo en buena cantidad para intentar ser "jefas".

Alejandra hasta llegó a pensar que tal vez todo se debía a una venganza de los hombres por haberles ganado de niños, pues en su primaria eran muchas las niñas que tenían el lugar de jefas de grupo, tal y como lo comprobó en una junta en que habían estado todos los jefes de grupo de su escuela.



También se preguntó si la respuesta estaba en que quizá el trabajo por el que competían todos los rostros de los carteles era un trabajo muy pesado, como cargar bultos o construir puentes, y por eso abundaban los hombres. Y al final, por igual se preguntó si la única explicación era que las mujeres preferían dejarles esos lugares a los hombres para dedicarse a cuidar a la familia y a sus hijos, como lo hacía su mamá. Para salir de dudas, se lo fue a preguntar:

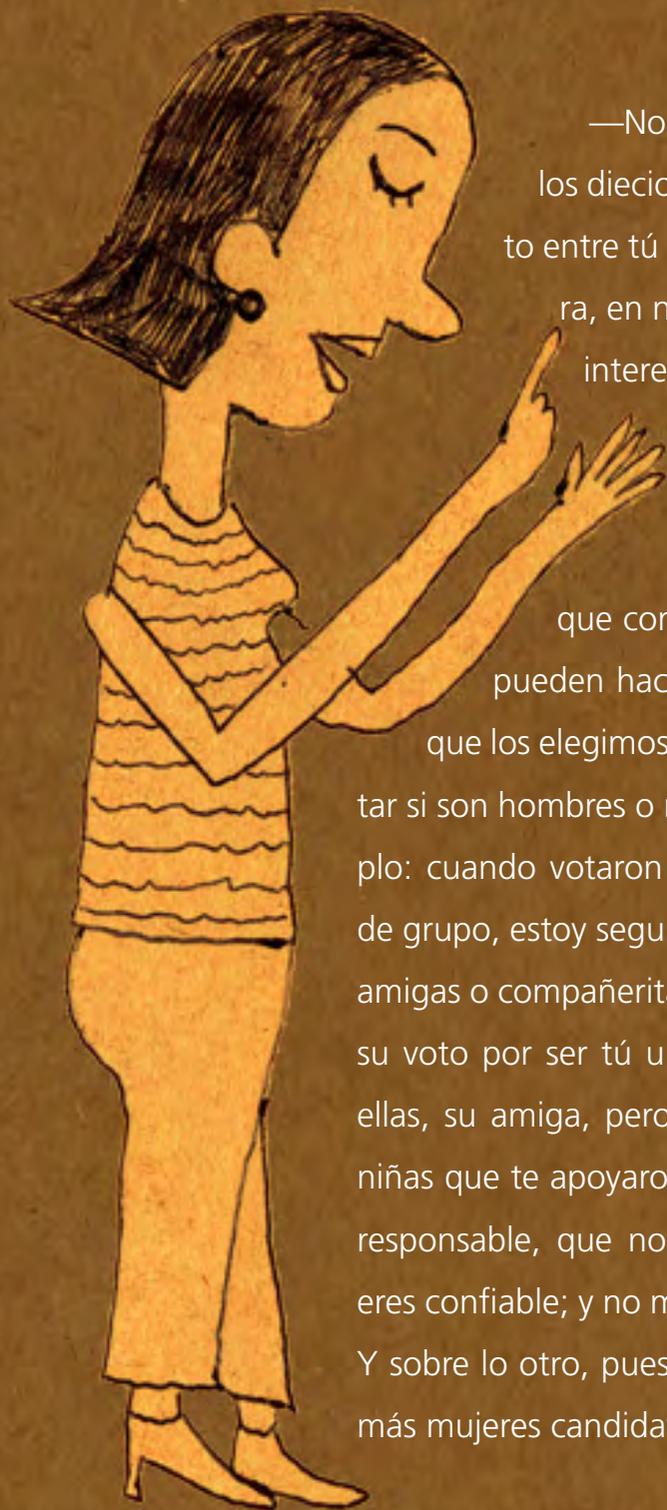
—¿Por qué sólo hay una mujer en los carteles compitiendo, mamá?

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—De lo que me explicaste ayer, de las elecciones. ¿Por qué casi no hay mujeres? Ya lo he comprobado en todos los carteles que están pegados.

—No es así, hija. Sí hay muchas mujeres candidatas; con seguridad en otras partes de la ciudad y del país hay mujeres compitiendo y con sus carteles de campaña. Quizá es una mera coincidencia que en esta zona en que vivimos esté nada más una mujer compitiendo, ¿entiendes?

—Más o menos, pero de todos modos yo votaré por ella para que no se sienta sola.

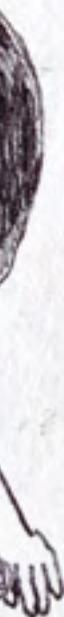


—No Ale, los niños no votan. Se puede votar al cumplir los dieciocho años. Pero ándale, si quieres, y como un secreto entre tú y yo, el día de la elección voto por ella, por la señora, en nombre tuyo. Sin embargo, ya que estás demasiado interesada, y como jefa de tu grupo, déjame explicarte algo importante: es muy valioso que apoyes a las mujeres en general, pero en este caso, el de una elección, lo importante es conocer las ideas de los que compiten, cómo son, qué piensan, qué pueden hacer por nosotros, las personas que los elegimos, para ayudarnos, sin importar si son hombres o mujeres. Mira tu ejemplo: cuando votaron por ti para ser jefa de grupo, estoy segura de que algunas amigas o compañeritas tuyas te dieron su voto por ser tú una niña igual que ellas, su amiga, pero también hubo niños y niñas que te apoyaron porque saben que eres responsable, que no te peleas con nadie y eres confiable; y no me digas que no es así. Y sobre lo otro, pues sí, sí debería haber más mujeres candidatas.





Ahora sí, todo indicaba que después de esta charla con su mamá, Alejandra estaba completamente tranquila. Pero al siguiente día, en que la niña acompañaba a su mamá, al salir de la escuela, para ir al mercado de la colonia y hacer ciertas compras, de nueva cuenta se le vino a la pequeña la incomprensión y hasta el enojo. El motivo de esto era que se había encontrado con dos carteles de su candidata estrella en los alrededores del mercado, pero eran carteles muy diferentes al que el día anterior había logrado ver por primera ocasión, a pesar de que en realidad se trataba de la misma fotografía.



Tristemente, la diferencia consistía en que a estos carteles les habían pintado los dientes para que la mujer pareciera estar chimuela; también les habían pegado chicles duros en cada ojo, y habían cubierto el nombre de la candidata con pintura. Alejandra sabía, por sus atentos recorridos de los últimos días, que tampoco los carteles de los hombres se salvaban; era cierto que algunos también estaban rayados, con orejas puntiagudas y uno que otro colmillo dibujado, pero daba la impresión de que con los carteles de la mujer se ensañaban más y, sobre todo, trataban de dar a entender que era una boba, pues sólo así se explicaban las pintas burlonas sobre sus dientes o las gotitas escurriendo de su nariz que también le habían pintado. La niña no entendía cómo la gente podía dedicarse a hacer todo eso, ¿qué acaso no tenían educación?

Fue entonces allí, parada y observando un cartel de la candidata, cuando una Alejandra enojada decidió que, aunque ella no pudiera votar todavía, ayudaría a la mujer; nada se lo impedía. Así que ella, la niña Alejandra Victoria, le entraría a la campaña a su modo.

Toda esa tarde, Ale estuvo en su casa escribiendo, dibujando, pensando y pegando figuras en varias cartulinas que había comprado en la papelería. Hasta de su alcancía sacó un buen dinero para adquirir las cartulinas de colores y uno que otro plumón que necesitaba. Al momento de irse a dormir se sintió muy cansada, pero satisfecha, pues el esfuerzo que había hecho logró que todo su enojo desapareciera.

Al otro día, y a lo largo del mismo, Alejandra pegó sus cartulinas en diferentes puntos de su colonia. Colocó algunas rumbo a su escuela, en el propio mercado, en dos lugares más y, por supuesto, muy cerca de su casa. Finalmente, la niña sabía que ya no podía hacer más, pero estaba tranquila y dispuesta a no hacer más corajes por lo que pudiera sucederle a sus cartulinas.

Sin embargo, estaba lejos de acabar el asunto para Alejandra, pues dos días más tarde se armaría un auténtico relajo a causa de la campaña de la niña. Y es que, sin que ella lo supiera, muchas personas y muchos ojos empezaron a fijarse en las cartulinas, casi de inmediato a partir de que las pegó. Empezó a



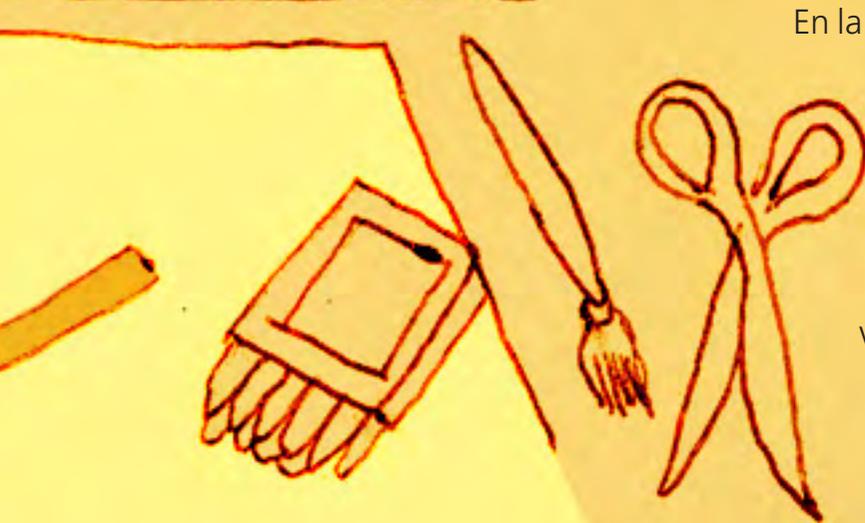


correrse la voz, entre los vecinos del lugar, sobre una campaña, una propaganda, nunca antes vista.

Ello se debía a que las cartulinas de Alejandra eran sinceras e imaginativas a la vez. Por ejemplo, junto a los carteles de la candidata en el mercado, que tanto enojo le habían despertado por la falta de respeto, puso también dos cartulinas. En una decía, en grandes letras: "Soy espejo y me reflejo", "Todo lo que me hagas es un reflejo de lo que eres tú".

En la otra cartulina se leía, con iguales letras coloridas: "¿Así tratan a las mujeres?", "Tengan educación, y respeten".

Las cartulinas que colocó por el rumbo de su casa, mostraban a diversos personajes de caricaturas y de la ficción que le decían a la gente que ellos apoyaban a la candidata. Allí se veían figuras de todo tipo: desde los osos más tiernos, hasta los más rudos superhéroes, todos dando su respaldo y defendiendo a la mujer de los carteles.



En la cartulina que la pequeña puso cerca de su escuela, se leía lo siguiente: "La niña Alejandra Victoria A. B., jefa de grupo del salón 5° C, de la escuela primaria 'Mario Benedetti', apoya, a pesar de no poder votar, a la única mujer candidata de esta zona." "Posdata: no conozco sus ideas



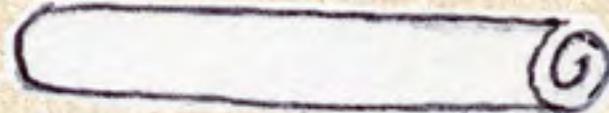
o qué va a hacer, pero sí sé que no se merece lo que le han hecho a sus carteles". Para rematar, Alejandra había intentado dibujarse a sí misma, como en una especie de retrato suyo, en una esquina de la cartulina, con los mejores colores que pudo hallar.

Pero como ya se dijo, fue dos días después cuando la niña se enteró de todo esto, y de lo que provocó. Todo comenzó temprano, ya que apenas llegó Ale a su escuela y a su salón, la maestra Raquel le dijo con cierta preocupación:

—¡Alejandra! ¿Pero qué has hecho? ¿Quién te dijo que hicieras esto?

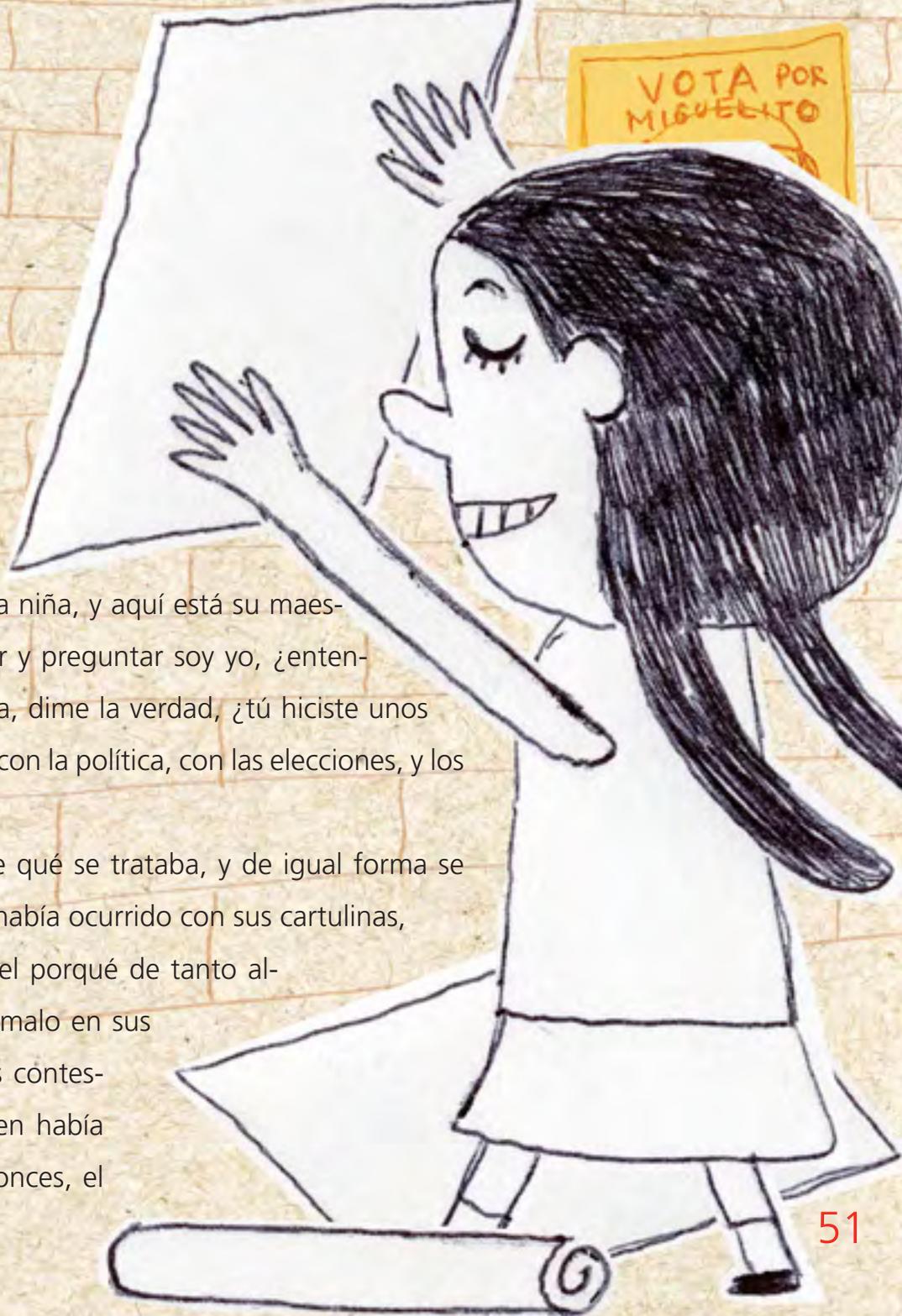
La niña en verdad no sabía de qué le estaban hablando, para ella el tema de los carteles era un asunto personal y seguramente sin interés para nadie más. La maestra ya no pudo darle más detalles porque en eso llegó el director de la escuela, acompañado de dos señores.

El director se notaba algo contrariado, pero no con la niña, sino con los señores que iban detrás de él. Con rapidez tomó la palabra y dijo a todos:



—Bien señores, esta es la niña, y aquí está su maestra. Pero el que va a hablar y preguntar soy yo, ¿entendido? Bien. A ver, Alejandra, dime la verdad, ¿tú hiciste unos carteles que tienen que ver con la política, con las elecciones, y los has pegado por la colonia?

La niña se dio cuenta de qué se trataba, y de igual forma se percató de que algo grave había ocurrido con sus cartulinas, pero a la vez no entendía el porqué de tanto alboroto. No había nada de malo en sus mensajes. De todas formas contestó que sí, que ella era quien había hecho unas cartulinas. Entonces, el director volvió a hablar:





—Mira, no sé por qué lo hiciste, pero no te asustes; eso no es en realidad algo incorrecto. Lo que preocupa a estos señores es que ellos creen que la escuela, tu maestra o yo fuimos los que te sugerimos que lo hicieras, que nos aprovechamos de ti para ayudar a un candidato.

Alejandra miró con cierta timidez a los señores durante unos instantes, pero luego, consciente de que ella era la jefa de grupo y que sus compañeros observaban la escena sin entender de qué se trataba todo aquello, respondió, y hasta corrigió:

—No es un hombre, es una mujer, una candidata. Y no, claro que no; nadie en la escuela ni en mi casa me obligó a hacer las cartulinas. Yo las hice porque quise.

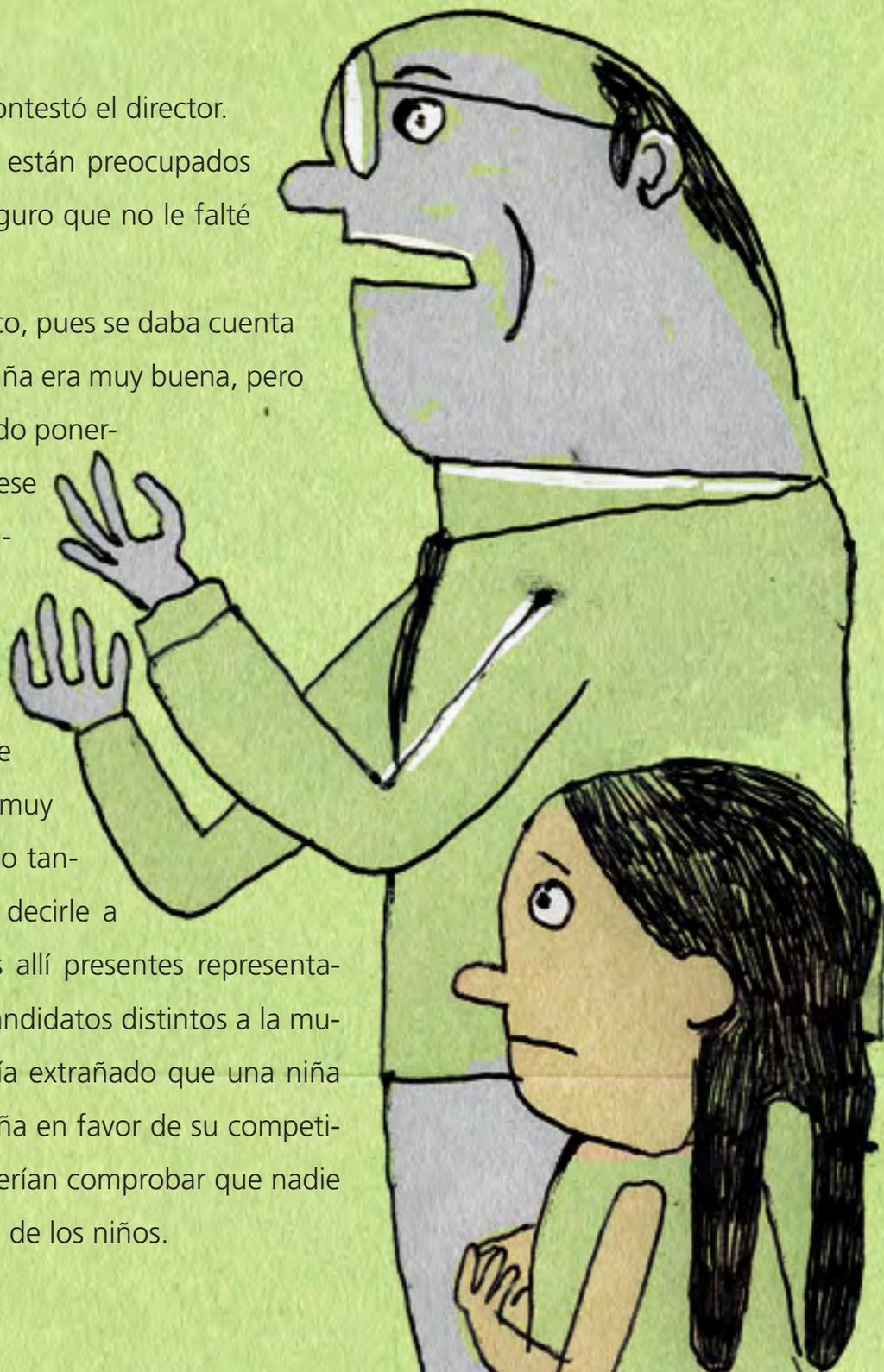
Al escuchar esto, los señores se miraron entre sí, pero se veía que dudaban de las palabras de la niña. Entonces, antes de que pudieran decirle algo al director, Alejandra se adelantó y tomó de nuevo la palabra:

—Maestro director, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí, adelante, anda —contestó el director.

—¿Por qué los señores están preocupados por mis cartulinas? Le aseguro que no le falté el respeto a nadie.

El director sonrió un poco, pues se daba cuenta de que la pregunta de la niña era muy buena, pero que sería difícil y complicado ponerse a explicarle al grupo en ese momento cómo funcionaba una parte de la política y de las campañas, en la que lamentablemente los candidatos competían de una manera a veces no muy leal, y sí muy furiosa. Por lo tanto, el director se limitó a decirle a Alejandra que los señores allí presentes representaban o ayudaban a otros candidatos distintos a la mujer, y que por eso les había extrañado que una niña estuviera haciendo campaña en favor de su competidora o rival, y que sólo querían comprobar que nadie se estuviera aprovechando de los niños.



En esta ocasión, Alejandra sí comprendió todo al momento, y supo que era el instante en que podría sacar sus dudas y enojos de días pasados, por lo que habló de nuevo:

—Oigan, ya les dije que a mí nadie me obligó, pero si esto les preocupa, les pregunto: ¿y por qué no se preocuparon cuando algunos destruían y maltrataban los carteles de la candidata, e investigaron como ahora? ¿No les preocupa que en esta zona sólo haya una mujer participando?

Las preguntas de la niña se convirtieron en la mejor prueba y explicación de que ella había decidido hacer sus cartulinas por su propia voluntad, y que era sincera en su apoyo a la mujer. Todos los presentes así lo entendieron, por lo que el director dijo:

—Señores, creo que todo ha quedado muy claro. Y además han comprobado que la escuela, la maestra y la niña estuvimos dispuestos a ayudarlos en lo que deseaban saber.

Sin decir absolutamente nada, los hombres salieron del salón acompañados por el director. Entonces, Alejandra bajó la vista, con muestras de querer soltar el llanto. Se había comportado muy valiente, pero también se había sentido intimidada, y le parecía que no era justo tanto alboroto por haber decidido ser solidaria con una mujer. Levantó su mirada, miró a su maestra, y le dijo:

—¿No podemos, verdad?, ¿las mujeres no podemos competir sin que se molesten los hombres?, ¿es eso?

—De ninguna manera, Ale. Claro que podemos, lo hemos hecho antes y lo seguiremos haciendo mientras haya personas decididas como tú. ¿Te diste cuenta de que no fueron capaces de responder a tus preguntas? Discúlpame lo que te dije al principio, pero yo tampoco sabía de qué se trataba el asunto. Vamos, ya pasó todo. Abran sus libros.



El resto del día escolar transcurrió en calma y sin sobresaltos, aunque las amigas de Alejandra, cada vez que tenían oportunidad, le preguntaban qué había puesto y escrito en sus cartulinas, y hasta algunas le decían que por qué no las había invitado a hacer cartulinas también.



Cuando acabaron las clases, y salieron los alumnos de la escuela, sucedió algo pocas veces visto. Como siempre, habían varias mamás y papás que esperaban a sus niños y niñas para regresar a casa, pero esta vez se notaba rápidamente que había más gente que la de costumbre.





Apenas dio tres o cuatro pasos, Alejandra vio a su mamá que la buscaba con la mirada. La mamá también la reconoció de inmediato, se le acercó y le dijo:

—Sabía que tenías que ser tú. Así que tú eres “la chamaca de las cartulinas”. No, no me mires así. Hoy, en el mercado, varias personas hablaban y comentaban tus carteles. Me bastó escuchar a un vendedor decir que “es una chiquilla que anda pegando cartulinas para defender a una mujer candidata”, para saber que se trataba de ti. Tuve entonces un presentimiento y me vine para acá, a la escuela. ¿Sabes tú por qué hay mucha gente?

Alejandra negó con la cabeza, pero no tardó mucho tiempo en que ambas, madre e hija, obtuvieran la respuesta. De pronto, apareció ante ellas nada más y nada menos que la candidata, la mujer de los carteles. Venía acompañada de amigas y personas que la ayudaban. Se dirigió a la niña, diciéndole:

—Tú eres Alejandra Victoria, ¿verdad? Tranquila, ya hablé hace unos minutos con el director de tu escuela y me explicó lo que sucedió en la mañana. Yo también recibí ayer comentarios sobre tus cartulinas, y decidí

venir hoy a ver de qué se trataba. Lamento mucho el mal rato que pasaste en la mañana. Por fortuna, ya todo se aclaró. Sin embargo, quise esperarte para conocerte y darte las gracias por todo lo que has hecho. Te lo digo de verdad, jamás podría haber tenido una campaña mejor y más honesta que la tuya.

La niña estaba sorprendida y emocionada, pero también se sentía un poco avergonzada, lo que la obligó a decirle a la mujer:

—Tal vez no sean en verdad tan honestas mis cartulinas. Mi mamá me lo explicó bien: me dijo que antes de fijarse en si se es hombre o mujer, lo importante es conocer a la persona, sus ideas y lo que piensa realizar. Y yo, la verdad, no la conozco a usted. Pero creo que no fue justo lo que le hicieron a sus carteles.

La candidata sonrió, y observando fijamente a Alejandra, le dijo:





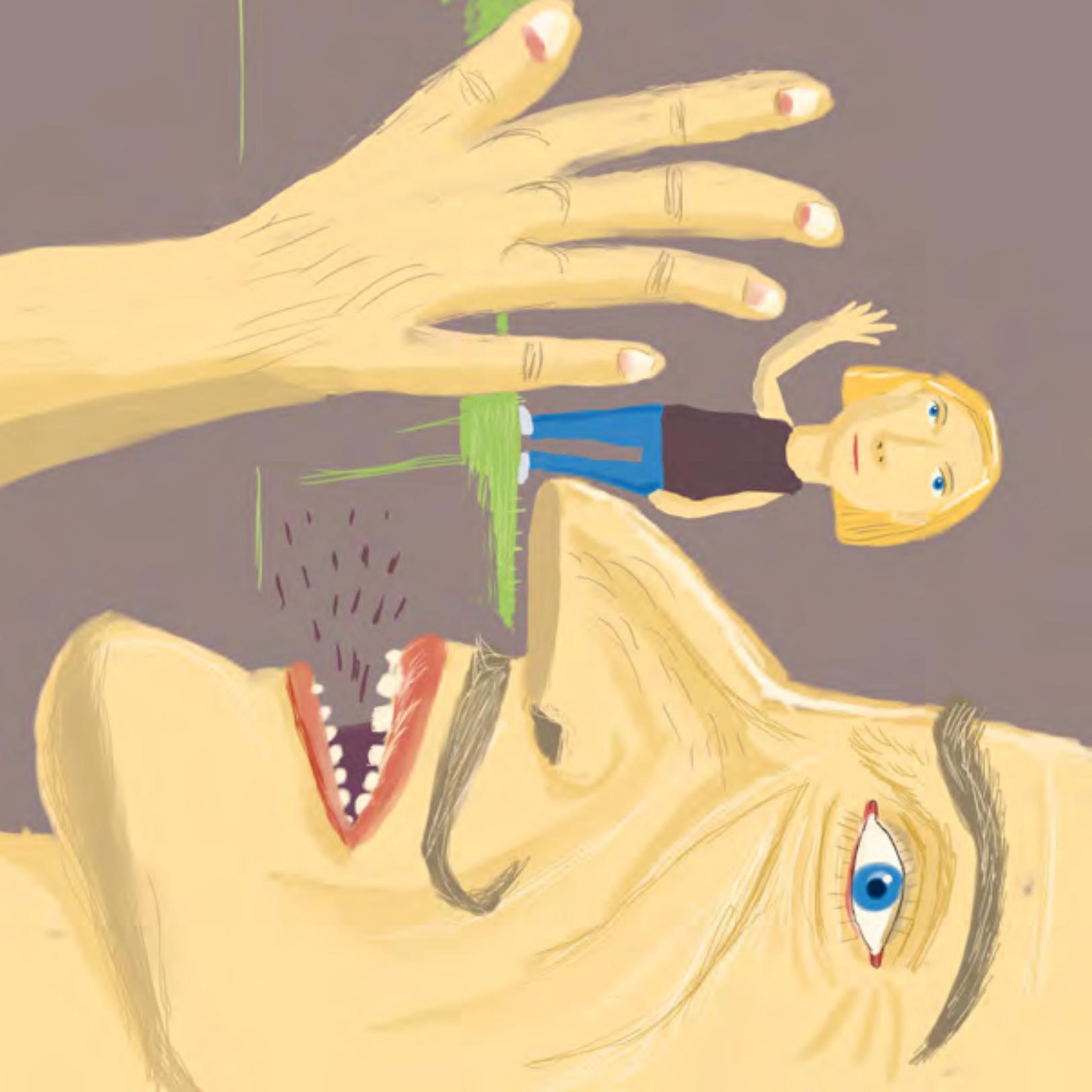
—Tienes razón, no es justo, pero tienes mucha más razón en lo que te dijo tu mamá. ¿Qué te parece si me dejan acompañarlas a su casa y, mientras vamos caminando, te platico lo que pienso sobre la ciudad, la educación, los niños, obviamente sobre las mujeres, y otras cosas más, para ver qué opinas tú, y si soy merecedora de haber recibido tu apoyo y esfuerzo? Y créeme cuando te digo que nunca tuve una simpatizante más entregada que tú.

Una caravana de personas empezó a caminar. Por donde pasaban era inevitable que la gente se quedara un poco extrañada. Pero lo que llamaba más la atención era que al frente iban conversando muy animadamente una mujer, a la que creían reconocer como la persona que aparecía en unos carteles por lo de las elecciones, junto a una niña, a la que también algunos reconocían como la chiquilla que había estado pegando unas cartulinas inigualables en días pasados, las que, por cierto, habían sido respetadas y nadie había maltratado.



El
abuelo
Kukux

Víctor Manuel Banda Monroy



Distintas

A Elia le gustaba jugar con los niños del barrio. Un día, su abuelo la vio. La llamó aparte y le dijo en voz baja, casi susurrando, como quien cuenta un secreto antiguo:

—No juegues con esos niños, no son como tú.

Elia lo quería mucho. Lo miraba como a Un Juez que Sólo Decide lo Bueno.

—Tú eres distinta.

Elia lo miró con los ojos llenos de signos de interrogación.

El abuelo miró hacia todos lados y luego le dijo:

—Tú eres blanca y ellos son muy morenos. Se ven mugrosos y como que no se bañan. No debes jugar con gente así. No son como tú.

Había algo en los ojos del abuelo, mucho más fuerte que todas las palabras. Difícil de explicar. A partir de entonces, Elia se apartaba de los niños morenos, de los niños pobres, de los niños con cara de chino, según lo que le dijera el abuelo. Jugaba con menos, pero así le daba gusto. Se sentía mejor obedeciendo a su abuelo.



Parecidas

A la mamá de Elia le gustaba ir al centro de la ciudad a tomar un café con sus amigas. Hablaban de todos los temas, sobre todo de las películas que habían visto en la semana. Se reían mucho. Elia las escuchaba y no se aburría. Le gustaban esas mujeres que habían visto tantas películas y que disfrutaban de una taza de café y rebanadas de pay de queso. Las risas de ellas se mezclaban con el sonido del tintineo de las tazas en el



café y de los tenedores partiendo el pastel sobre el plato. Todas eran blancas, como su mamá. Se sentía bien con todas ellas.

Una tarde, su mamá le dio un aventón a una amiga que se encontró en el centro comercial. Platicaba y platicaba con ella, como con todas las demás, pero Elia se sentía incómoda. ¿Por qué hablaba su mamá con esa mujer? ¿Qué diría el abuelo si la veía? ¿Por qué su mamá le desobedecía? Su cara era seria. “Debe de estar cansada”, la justificó su mamá



delante de su amiga. Elia se puso más seria cuando la amiga de su mamá se despidió de ella con un beso.

El coche arrancó. Elia quería que en su silencio su mamá viera una amenaza. Pero no parecía hacerle mucho caso. Cantaba una canción guapachosa que salía de la radio del coche. En los altos movía los brazos y la cabeza. Al fin, Elia ya no aguantó más su propio enojo:

—Mamá...

—Mmm.

—¿Quién es esa señora a la que le diste aventón?

—Se llama Jacaranda. Bonito nombre, ¿no? Así me quisiera llamar: Jacaranda Martínez, para que mi nombre sonara a rumba y sol, a que florezco después del invierno.

—No deberías hablar con ella.

La cara de su mamá parecía un signo de interrogación enorme.

—Eres distinta a ella.

—Sí, ya quisiera yo tener ese cuerpo.

—No, mamá: ella es morena y tú eres blanca. No deberías hablar con ella.

El frenón del coche casi la aventó contra el parabrisas del auto. Su mamá la miró de frente.

—¿Quién te dijo eso?

La rabia llenaba los ojos de su madre. Era difícil recordarla tan enojada en alguna otra ocasión. Elia pensó que la zarandearía. Pero vio cómo

hacía esfuerzos por tranquilizarse, la vio respirar fuerte y mirarla otra vez a los ojos.

—Dime: ¿quién te dijo eso?

—Mi abuelo dice que una no se debe juntar con gente así.

Su mamá la siguió mirando, suspiró un poco. Arrancó de nuevo el coche. Manejó con seguridad por unos momentos. Se volvió a verla; la mirada había cambiado muchísimo.

—Tu abuelito es una gran persona. Es muy inteligente y muy bueno... pero como todas las personas, hay cosas en las que se equivoca. Eso lo vas a tener que aprender en tu vida, poco a poco.

—¿Mi abuelito es malo?

Su mamá se rió un poco.

—No, no es para tanto. Tampoco quiere decir que sea malo. Sólo se trata de que no debes creer todo lo que te dice, ¿me entendiste? Debes pensar y tener tus propias ideas. Conocer a las personas de cerca, en lugar de pensar que son de una manera o de otra nada más por el color de la piel o por otra razón.

¡El abuelo se equivocaba! Esa idea era nueva y difícil de entender.

—¿Entendiste?

—Sí, mamá.



Historias del abuelo

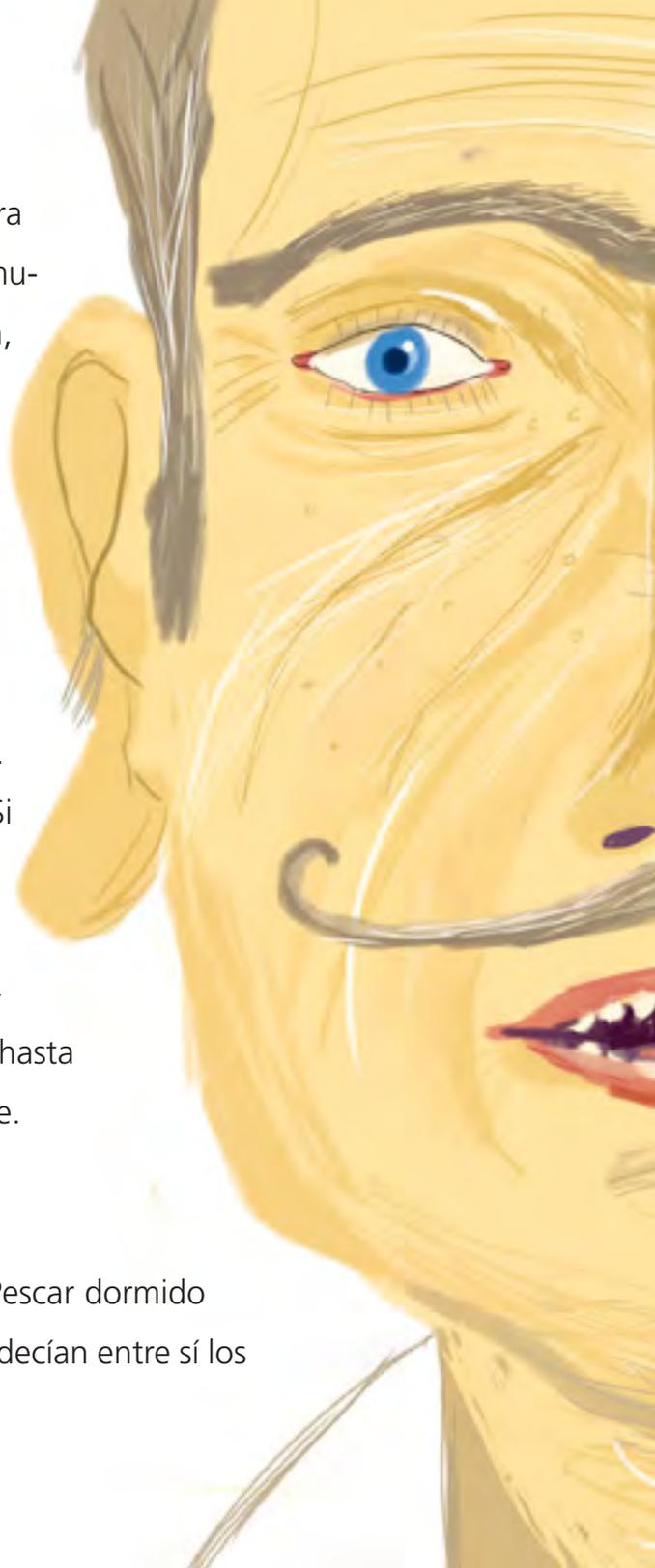
A partir de entonces comenzó a observar al abuelo para ver en qué más se equivocaba. Lo veía atenta, con mucho cuidado. El abuelo caminaba con su largo bastón, estirado y recto. Usaba un bigote largo que arreglaba con una goma especial para que quedara en puntas sin deshacerse. Ella siempre había adorado su aroma especial a loción de maderas, su voz fuerte con la que se hacía obedecer por los diecisiete nietos que se reunían algunas tardes en su casa. Parecía una tarea difícil, pero el abuelo los controlaba a todos con serenidad.

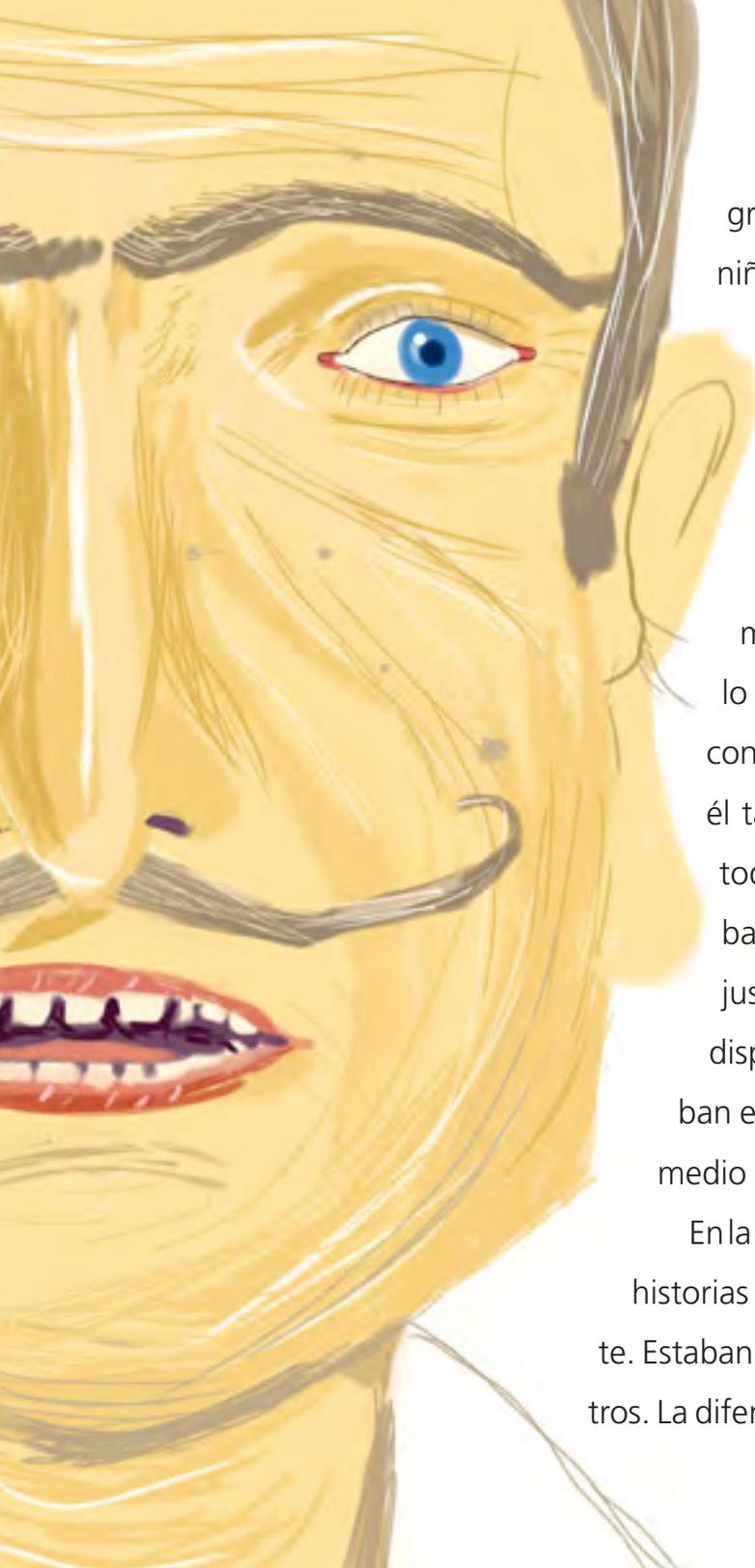
A veces parecía dormitar en la puerta de la casa. Si alguno de los nietos pensaba en aprovechar ese sueño y de puntitas caminaba hacia la salida, podía darse cuenta de que no estaba tan dormido el abuelo, porque el largo bastón lo tomaba por el cuello y lo llevaba hasta la mecedora donde el abuelo lo miraba tranquilamente.

—¿Adónde vas?

—A ningún lado.

El niño corría hacia dentro de la casa con rapidez. Pescar dormido al abuelo era casi imposible. “Duerme con un ojo”, se decían entre sí los nietos.





Cuando el abuelo se daba cuenta de que el griterío crecía, que chocaban los cuerpos de los niños unos contra otros con mayor fuerza haciendo ruidos estruendosos, los juntaba en medio del patio, en una gran rueda. Entonces les contaba una historia, de hace muchos años, en que los caballos corrían por el campo haciendo sonidos como de tambor en la tierra, los machetes brillaban, los disparos se escuchaban a lo lejos. Su abuelo se emocionaba a medida que contaba la historia. Cabalgaba en su bastón y con él también disparaba a lo lejos. El chiquillerío veía todo lo que les contaba su abuelo. Historias de bandidos y de revolucionarios que luchaban por la justicia y por un mundo mejor. Los niños también disparaban contra los bandidos y las niñas montaban en caballos veloces que las llevaban corriendo en medio de una polvareda.

En la escuela, Eli se encontraba con que muchas de las historias que contaba el abuelo habían pasado realmente. Estaban en los libros. Se las contaban también sus maestros. La diferencia es que con los maestros a veces se aburría,

An illustration on a red background. On the left, a large, white, conical shape, possibly a bonfire or a large piece of paper, is partially visible. In the center, a dark-skinned man with a surprised or distressed expression stands with his hands on his hips. He is wearing a dark tunic with white crisscrossing lines. To his right, a hand in a yellow glove holds a large, lit torch with a black handle and a bright red flame. In the foreground, a thick stack of white papers or a book is being held by the yellow-gloved hand, angled towards the right. The background is a solid red color with some black, sketchy lines suggesting trees or branches.

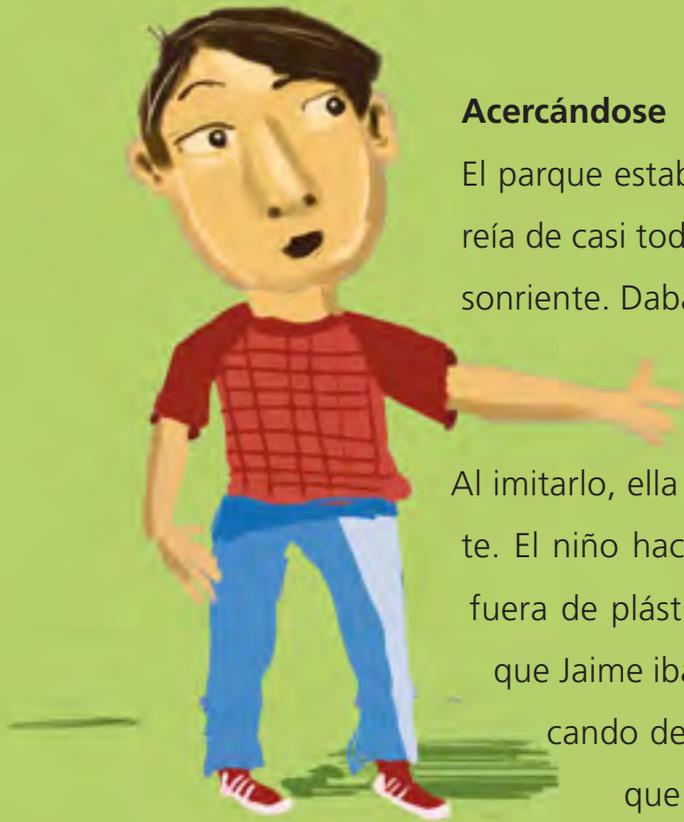
mien-
tras que
con el abue-
lo todo era emo-
cionante y diver-
tido. Había visto las
caras de sus primos y
de sus hermanitos, todos
pendientes de lo que decía
el abuelo, sin querer perderse
ni una de sus palabras. Hojeó su
libro de historia. Allí estaban las fo-
tos de Pancho Villa peleando en su
caballo.

Fue entonces cuando cayó en una pá-
gina en que se veía a unos hombres ves-
tidos con largas túnicas blancas y cubiertas
las cabezas con unas
capuchas también blan-
cas. Sobre las capuchas lleva-
ban pintadas unas letras negras: KKK.

Elia leyó la historia de esos hombres que en Estados Unidos perseguían a personas, quemaban sus casas y los colgaban de un árbol con una larga cuerda.

Esa historia le parecía increíble. Buscó en Internet. Vio fotos de cuerpos destrozados. Estaba impresionada: los perseguían porque eran de color distinto al suyo, por eso los consideraban inferiores. Los perseguidores eran blancos y aquellos a quienes mataban eran de piel más oscura. Les decían negros. Sentía como que en su estómago se le iban haciendo varios pequeños nudos. El artículo de Internet decía que les tenían miedo y por eso los habían perseguido durante muchos años, pero que muchas de esas persecuciones seguían todavía en nuestro tiempo. Había que estar alerta para que no se siguiera discriminando a alguien por el hecho de ser diferente. Miró las fotos de los hombres que se habían quitado las capuchas para tomarse una foto. Eran muy blancos, casi tanto como el abuelo, como ella y toda su familia. En ese momento pensó: "Ah, claro, ya sé de dónde le vienen esas ideas a mi abuelo". Y se sintió muy contenta por su descubrimiento.





Acercándose

El parque estaba casi vacío. Elia jugaba con un niño que se reía de casi todo. Se llamaba Jaime y su cara estaba siempre sonriente. Daba vueltas boca abajo sosteniéndose en la parte de debajo de la resbaladilla. Le estuvo enseñando cómo dar vueltas en esa parte. Al imitarlo, ella veía el mundo de cabeza durante un instante. El niño hacía marometas con mucha facilidad, como si fuera de plástico o hubiera nacido en un circo. Descubrió que Jaime iba en la misma escuela que ella. Estaban platicando de los maestros y de cuál era más buena onda que el otro, cuando ella vio de perfil la sombra de su abuelo, con su bastón y su bigote puntiagudo moviéndose como si fuera una antena que captaba las desobediencias de su nieta. Le pareció ver el bigote girando para captar hasta qué punto ella se sentía o no amiga de Jaime. Los ojos. No quería ver los ojos de su abuelo, que seguramente la mirarían con rabia, como a una traidora. Se despidió rápidamente de Jaime.

—Nos vemos en la escuela —dijo él con una expresión de sorpresa ante lo rápido que ella se iba.

Elia se acercó al abuelo con rapidez. Contra lo que esperaba, su abuelo no la estaba mirando con disgusto, sino con mucha ternura.

—¿Te divertiste?

—Sí, abuelito.

—¿Ese niño es tu amigo?

—No, es la primera vez que lo veo.

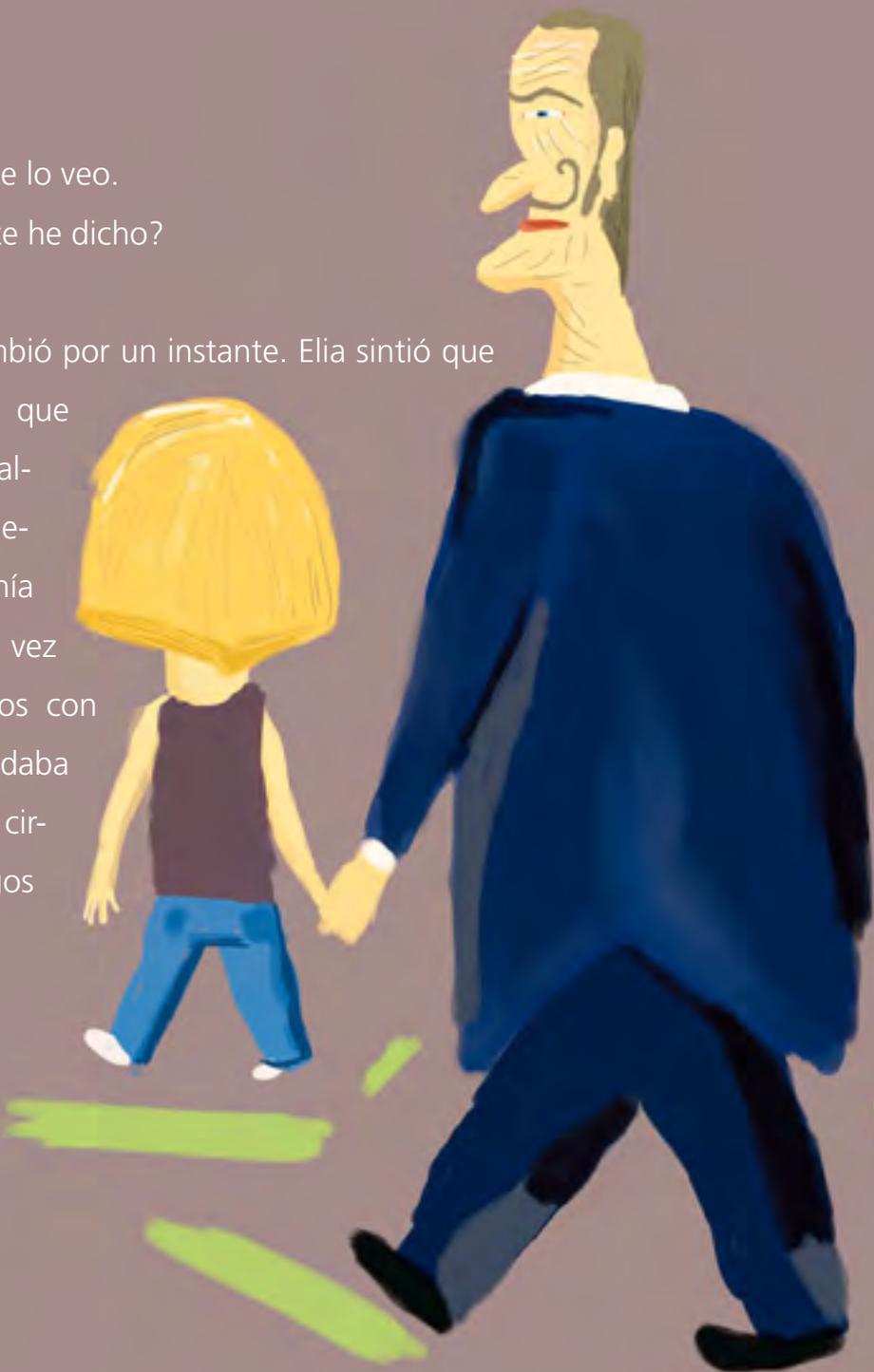
—¿Te acuerdas de lo que te he dicho?

—Sí, abuelo.

La mirada del hombre cambió por un instante. Elia sintió que la traspasaba por completo, que no podía ocultar nada ante alguien que miraba de esa manera. Que tal vez su bastón tenía una cámara oculta, que tal vez había tomado miles de fotos con ella riéndose de cómo Jaime daba una vuelta tras otra como un cirquero profesional en los juegos del parque.

Con mucha dulzura, el abuelo le dijo:

—Nunca, nunca lo olvides, será lo mejor para ti. Recuerda: tú eres distinta.

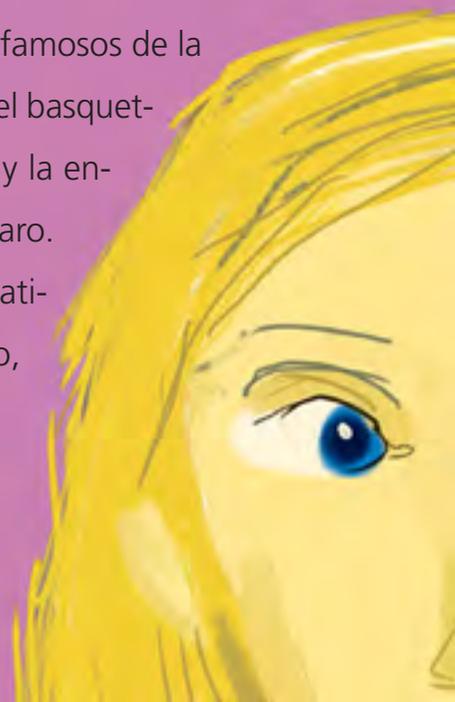
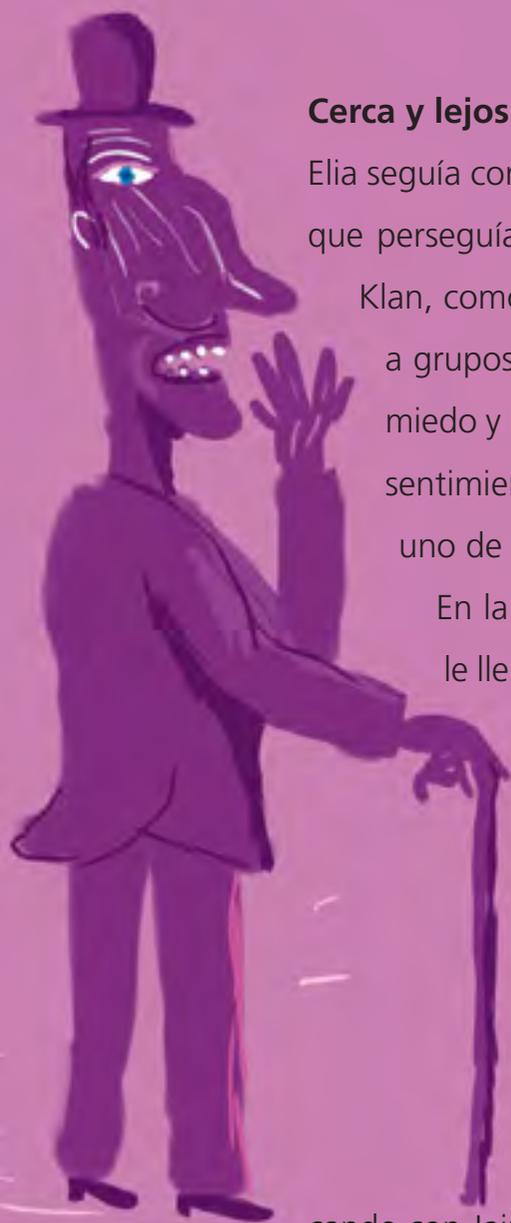


Cerca y lejos

Elia seguía consultando en Internet páginas acerca del grupo de blancos que perseguía a personas por ser distintas a ellos. Se llamaba Ku Kux Klan, como si fueran un pueblo antiguo. Se armaban para perseguir a grupos de personas que según ellos los amenazaban. Les tenían miedo y la única manera en que podían no dejarse dominar por ese sentimiento era persiguiéndolos sin parar. O por lo menos eso decía uno de los artículos.

En la escuela se encontró con Jaime. Él seguía con esa risa que le llenaba la cara por completo; hasta cuando estaba serio atendiendo a la maestra, Elia podía ver cómo los ojos le brillaban con muchas risas y travesuras. Sólo se veían a la hora del recreo, pues eran de grupos diferentes. Se dio cuenta de que él era uno de los más famosos de la escuela. Se hablaba mucho de él. En el basquetbol, tiraba la pelota con la izquierda y la ensartaba casi siempre en el centro del aro.

Una tarde salía de la escuela, iba platicando con Jaime, y de nuevo vio a lo lejos al abuelo, retorciéndose el fino bigote lleno de goma especial. Vio su bastón girando tranquilo en esa mano, sin ira, con toda la calma del mundo. Los bigotes pa-



recían ir más allá de los ojos del abuelo, atusados como los de un gato; como un radar que fuera hasta los satélites que giraban alrededor de la tierra, recolectaran información de los últimos pasos de Elia, imágenes de sus juegos en el patio con Jaime, y regresaran a susurrar a los oídos atentos del abuelo. Siempre atentos, aunque pareciera que estaba tan dormido que no lo despertaría una manada de elefantes; y justo cuando te confiabas, allí estaban los ojos abiertos.

Esta vez ni siquiera se despidió de Jaime. Corrió hacia el abuelo con rapidez y le dio un beso. Los dos caminaron hacia la casa situada en la colonia



Verónica Anzures. Elia alcanzó a escuchar que alguien gritaba su nombre. Ni siquiera hizo el gesto de ignorar a quien le hablaba. Su corazón latía rapidísimo. El abuelo tampoco hizo un comentario, pero ahora ella sentía una sospecha entre los dos, como si él la observara con cuidado.

El abuelo Kukux

En el auto de su mamá las caras de la gente pasaban con rapidez. A su madre le gustaba acelerar. No demasiado, siempre dentro de los límites, pero le gustaba correr, que el viento la despeinara. Escuchaba una canción guapachosa en la radio y cantaba alto por encima del motor y del viento que entraba por las ventanillas. Elia trataba de cantar las canciones con ella.

Se reían de cualquier comentario. Entraron en las calles cercanas a su casa. La mamá bajó la velocidad, seguía riéndose al acordarse de cómo habían acelerado por todas las calles. Elia sintió que podía preguntárselo:



—Mamá, ¿mi abuelito siempre fue igual?

La mujer la miró de frente. Parecía creer que en toda pregunta de sus hijos había otras preguntas, otras palabras que no se escuchaban, pero que estaban allí, y ella se esforzaba por escucharlas, por saber cuáles eran. Por eso siempre respondía primero con una pregunta:

—¿Igual a qué?

—Así como es, como que no le gustan las personas distintas a él, a nosotros —dijo Elia con dificultad, buscando cada palabra con cuidado.

—Ah.

Su madre miró hacia el camino, concentrada. Suspiró y se volvió hacia ella de nuevo.



—Ya te lo dije. Todas las personas hacemos cosas equivocadas. Yo, por ejemplo, no debería fumar y lo sigo haciendo.

Elia también miró hacia el camino, ya estaban cerca de casa.

—Mamá, ¿crees que el abuelo Kukux cambie algún día?

—¿El abuelo qué?

Elia se hizo chiquita chiquita, la voz le salió como en un hilo:

—El abuelo Kukux.

La mamá estalló en carcajadas, casi se doblaba sobre el asiento. Se estacionó en una orilla para reírse a gusto.

—¿Pero quién te dijo que lo llamaras así?

—Nadie. Lo pensé yo solita.

—Pero, ¿por qué?

—Así se llamaban unos señores que perseguían a la gente y la ahorcaban porque no les gustaba la gente distinta a ellos. Mi abuelo se parece a esos señores. Es igual de blanco y no le gusta la gente que es distinta a él.

La mamá se quedó seria un rato. Luego abrazó a su hija.

—Júrame que no lo vas a volver a llamar así delante de nadie. No es bueno molestar a las personas que queremos.

—Sólo le digo así yo adentro de mí. No se lo he dicho a nadie.

La mamá miró a Elia con ojos sonrientes:

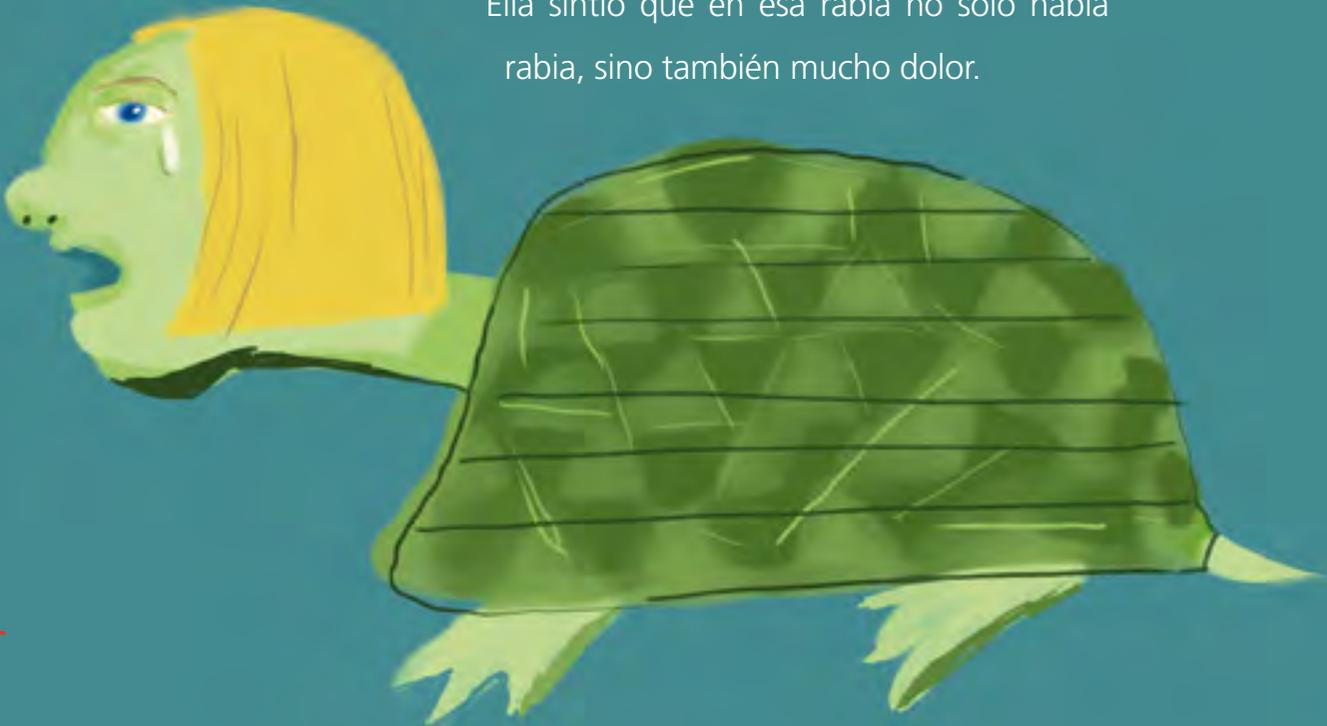
—Entonces esto queda sólo entre tú y yo.



La niña tortuga

Tres días después, el abuelo contó una historia de una niña que había desobedecido a sus padres y sobre todo a su abuelo, un hombre que siempre la había protegido en todo, una desobediencia muy grave, enorme. Como castigo, la niña se había convertido en tortuga marina y desde entonces vagaba por todos los mares llorando lágrimas de mucha sal. En tardes tranquilas, salía a las arenosas playas y cantaba canciones tristes que hacían llorar a las niñas. Mientras contaba el final, la miró con cuidado, con enojo.

Elia sintió que en esa rabia no sólo había rabia, sino también mucho dolor.



Los cambios

En octubre hubo elecciones de consejo estudiantil. Jaime era uno de los candidatos para presidente. Hizo una planilla llamada Verde y Amarillo. Él y sus amigos portaban moños con esos colores entrecruzados. Elia le ayudó a repartir volantes y a pegar por todas partes letreros que decían: “Vota por Verde y Amarillo para ser todos amigos”. En los pasillos se escuchaban comentarios en favor y en contra de los candidatos. La planilla Azul y Guinda también estaba fuertísima. Decían que querían hacer polvo a los verdes y amarillos.

Elia estaba enojada porque una de sus amigas le dijo que ella no votaba por indios ni nacos, y que Jaime era el más indio y naco de todos.

—O sea: que se multiplique por un millón de ceros, que se compre un barco para el país de los nacos y que lo cargue a mi cuenta —le dijo su amiga Areli.

No entendía a qué se refería su amiga, pues era tan morena como Jaime, y puede que un poco más. ¿Dónde comenzaba lo naco, cómo podía diferenciarlo?, le preguntó a su mamá.

—En la cabeza de cada quien.

—Pero ella lo dice de lo que ve. Habla del color de la piel.

—Nada de eso importa. Pero a tu amiga se le mete lo que ve en la cabeza y allí se enreda con lo que ve en la tele y con lo que le enseñan sus papás. Por eso habla así. Por lo que tiene en la cabeza.

—Pues yo ya no le voy a hablar.

—Sería mejor que hables con ella y que trates de que entienda tu punto de vista. Pelearse no sirve de nada.

Fue difícil que su amiga la escuchara, pero finalmente aceptó que el color de la piel no tenía nada que ver, aunque de todos modos no quiso votar por Jaime. La elección se acercaba. Era un acto tan importante que se invitó a los familiares a asistir. Los alumnos se formaron en el patio de la escuela. En el mediodía soleado, los colores de las banderas de las planillas brillaban con intensidad. Se instalaron grandes pizarrones para anotar los votos. Cada voto era coreado con gritos por los alumnos. La votación era reñida. Azul y Guinda llevaba diez votos, mientras que los de Verde y Amarillo contaban con ocho votos. Otros alumnos votaron y la diferencia se cerró. Empate: 200 a 200. Era increíble. Nunca se había visto algo así en la escuela primaria “Profesor Sabino Rodríguez”. Todos gritaban. Los aplausos se prolongaban durante varios minutos, algunos abucheaban a los contrarios. Porras iban y venían de un lado a otro. Los maestros se reunieron con rapidez para decidir cómo desempatar. Estaban tan emocionados como los alumnos. Se veía que discutían moviendo las manos con mucha fuerza.

—¡Van a desempatar los jefes de grupo! —comenzó a circular este rumor por el patio de la escuela. Elia se sintió nerviosa: ella era jefa de grupo.





El director de la escuela les anunció que cada jefe de grupo votaría por un candidato.

Los gritos desbordaban el patio y se escuchaban en la calle. Cada voto de un jefe de grupo era festejado por el bando favorecido. Se acercaba el turno de Elia de votar como jefa de grupo del sexto "C". La votación llegó a quedar 11 a 11, y luego 12 a 11, y otra vez el empate. Un narrador de luchas hubiera dicho que esa votación no era apta para cardiacos, y la verdad es que el corazón de Elia estaba súper acelerado. Ya no sabía cómo controlarlo.

Cuando le tocó a ella, de nuevo estaban iguales: 14 a 14. Su voto era el decisivo. Antes de votar, sintió un cosquilleo en la nuca. Se volvió. Dos ojos la miraban con mucha atención. El abuelo Kukux se atusaba el bigote entre los dedos. Los bigotes adelgazaban tanto entre los dedos del abuelo que se metían entre la gente y llegaban hasta ella para escuchar su corazón acelerado. Al lado del abuelo, estaban su papá y su mamá que le mandaron un saludo. Se volvió hacia los maestros y el director, que esperaban su voto. Los bigotes de su abuelo, largos y engominados, se habían puesto a su lado para escuchar el momento en que dijera el voto. Jaime la miraba también.

Un silencio delgado cubrió toda la escuela. Las rodillas de Elia se doblaban con lentitud. Aunque casi todo su grupo le había dicho que votara por los de la planilla Verde y Amarillo, Elia estaba a punto de decir “Azul y Guinda” para que su abuelo no la siguiera mirando de ese modo. En ese momento llegaron a su mente imágenes de casas ardiendo, hombres vestidos con largas vestiduras blancas y capuchas que perseguían a personas por el campo. Vio a los niños que lloraban abrazados a sus padres, y –casi sin sentirlo– sus labios dijeron:

—¡Verde y Amarillo!

La escuela gritó en pleno. Todos se abrazaban, incluso los de las planillas contrarias. El director llamó a Jaime y le puso la banda de presidente del consejo estudiantil. Todos aplaudieron.



Cercanos

Cuando subió al coche, el abuelo la recibió con una mirada fría.

—¿Cómo es posible que seas amiga de esa gente? —susurró con lentitud.

Su madre se volvió hacia el abuelo mirándolo directo a los ojos.

—Papá...

La mirada era más fuerte que mil palabras. El abuelo fue cambiando poco a poco la mirada. Era de nuevo la de todos los días.

Elia se volvió hacia él.

—Abuelito...

Los ojos de los dos se encontraron.

—Yo te quiero mucho.

El hombre vaciló por un instante. Se dejó caer poco a poco en el asiento.

—Sí... está bien... yo también las quiero mucho.

Elia miró de nuevo hacia el camino. Era distinto ahora. Había un lugar para cada quien y cada quien tenía un lugar. Eso era importante. La idea la hizo viajar más rápido que si su madre la llevara a bordo de una nave espacial. Volvió a ver a su abuelo. Los largos bigotes parecían estirarse ahora y tocarla con suavidad, reconociéndola poco a poco como diferente... aceptándola como lejana para poder tenerla cerca de nuevo.



Cuentos se terminó de imprimir en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280, México, D.F., en diciembre de 2009. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Ibarguren Bernat, analista correctora de estilo. El tiraje fue de 6 mil ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché mate de 200 gramos. Se utilizó la fuente tipográfica Frutiger.

